

LA REGION VASCA

La libertad es ingénita en el hombre; éste es, por lo tanto, autónomo dentro de la familia, como ésta lo es en el municipio; el municipio es libre en la provincia ó estado, y ésta lo es así mismo en la nación.
Solo por medio del pacto expreso, es posible constituir con arreglo al derecho las naciones. La vida de relación entre las entidades políticas, constituye la federación.
—Todo por y para la dignificación del hombre.

Revista semanal Politico-Administrativa.

Director-fundador: D. FERNANDO TORRALBA.

Administración recta, simplificada y barata. Absoluta autonomía económica y administrativa. Amparo y protección á todas las clases mercantiles y productoras del país. Abolición de los privilegios y beneficios de ley. Funcionarios responsables, en todo tiempo, de sus actos.—Todo por y para el comercio.

AÑO II.

San Sebastián.—Sábado 5 de Octubre de 1889.

NÚM. 65.

LA FEDERACIÓN Y EL FUERO.

XVIII.

Hemos creído de necesidad el dar á conocer la organización del poder judicial en los Estados Unidos, para hacer observar los puntos de contacto que su constitución tiene en la esencia con el espíritu de nuestro Fuero, no precisamente porque la analogía sea tan exacta que vaya á servir de molde nuestra legislación tradicional á la que con los poderes federales obtendríamos.

Vamos á cerrar este paréntesis que, á posta, abrimos en el estudio del Fuero vascongado, señalando á la ligera alguna de las atribuciones del poder ejecutivo en la gran nación americana, para que se comprenda toda la diferenciación que hay entre la parte orgánica en sus relaciones con los demás poderes de una y otra legislación.

No pretendemos asimilar; queremos comparar y de la comparación que vendrá luego colegiremos la parte que una organización federal tomaría de nuestras leyes forales para aprovecharla íntegramente en armonía con los moldes de la definitiva constitución.

Cuando la nación norte americana estaba en su período constituyente, surgió el problema desaber á quién correspondía el derecho de convocar las milicias particulares de los Estados (1). Durante la revolución se vió que nada podía hacerse sin el consentimiento de los Estados, y cuando lord Cornwallis invadió la Carolina, la Virginia no quiso que sus milicias saliesen de su territorio. En 1795, el Congreso declaró que correspondía al poder ejecutivo el derecho de convocar las milicias particulares de cada provincia, y que no podía reconocerse á los Gobiernos locales el de oponerse. Hoy el Congreso hace convocar, y el Poder ejecutivo convoca dichas fuerzas. Por otra parte, como el Estado tiene su ejército propio en América, al que se unen como refuerzo dichas milicias, el mando en jefe de todas las fuerzas corresponde, como no puede menos de corresponder, y como pasa en todos los países, al Presidente de la nación. No deja esto de tener sus dificultades; el ejército es de suyo autoritario y mide el alcance de su poder por el de su jefe, y tiende insensiblemente, sobre todo en las naciones acostumbres á los grandes ejercicios permanentes á apoyar la dictadura, lo cual hace que los países muy democráticos desconfíen de ellos y opten más por ejércitos de ciudadanos que por los permanentes.

Además del Poder militar tiene el de celebrar tratados. Los tratados como, afectan con fuerza de ley á los dos países contratantes, caen en cierto modo bajo las atribuciones del Poder legislativo, genuina representación nacional, porque todo tratado obliga y debe contratar la entidad que ha de obligarse, pero antes de celebrar un tratado son precisos ciertos preliminares, cuyo arreglo es más propio del Poder ejecutivo; así, pues, esa atribución debe corresponder á los dos Poderes. Los ameri-

canos decidieron que el Presidente está facultado para celebrarlos, pero después de someterlos á la aprobación, examen y modificación si era preciso del Senado. No tiene esto más defecto sino que se le quita injustamente una participación que en rigor y en justicia le pertenece á la Cámara de los representantes. Mejor resuelto tiene el problema de delebrar tratados que América, Inglaterra.

Corresponde también al Presidente de los Estados-Unidos el nombramiento de los altos funcionarios del Estado, pero no sin dejar en ello una importante participación al Senado. Los embajadores, cónsules, miembros de la justicia federal, etc., se nombran por el Presidente, pero necesitan la aprobación del Senado, no porque se quiera que el Poder legislativo tenga una ingerencia en la administración, sino para armarle en este asunto de la prerogativa del voto. Puede el Senado declarar que tal ó cual persona no conviene para representar la nación, acerca de tal ó cual gobierno extranjero, ó para formar parte del gabinete del Presidente, pero esto no quita que este último proponga otras personas. Con ello se ha querido indudablemente obligar al Presidente á que busque personas tan abonadas, que no haya razón para que sean rechazadas.

Después de nombrado un funcionario y de cubiertos los trámites de la aprobación del Senado, esto es, luego que estuviera en el desempeño de una plaza de que habría sido puesto en posesión con tales solemnidades, ¿á quién correspondería la revocación del nombramiento si el funcionario no era conveniente que continuase en ella? Al principio se pensó que el Senado diese su consentimiento, lo mismo para dar, que para revocar las credenciales; pero bien pronto se notó que de esta manera no podían ser obedientes subalternos del Poder ejecutivo aquellos, á quienes este no pudiera separar; resolvióse, pues, que la revocación fuese facultad absoluta del Presidente y que, como decía Madison, si este abusaba de ella, fuera un motivo ó caso de acusación.

INJUSTIFICADA CONDUCTA.

La del Sr. Marqués de Santa Marta no merece otro calificativo.

No; ese hombre no procede por perversión. Está obcecado, horriblemente obcecado.

Solo así se comprende que haga lo que haga y escriba lo que escribe.

La mejor crítica de su conducta, la mejor censura para el hombre que odió la coalición republicana hasta el punto de combatirla él solo en la Asamblea de nuestro partido, es la carta que ha dirigido á nuestro ilustre jefe y que vamos á reproducir íntegra, porque equivale á presentar de cuerpo presente á su desdichado autor:

Sr. D. Francisco Pi y Margall.

Muy señor mío: La carta suscrita por usted con fecha 30 de Agosto, y á que contesto como Presidente del Comité directivo de la Prensa republicana coligada y en nombre de mis compañeros, no ha podido menos de llenarme de asombro, así como á todos los que la han leído y conocen el contexto de la que yo dirigí á usted en representación de dicho Comité directivo.

Mi asombro, tan natural, reconoce por causa el ver que después de divagaciones sin fin y de excursiones históricas muy luminosas sin duda, pero de oportunidad discutible, deja sin contestación mi pregunta, perfectamente con-

creta, respecto de si podíamos contar ó no con su valioso concurso para llevar á sus legítimas y fecundas consecuencias la coalición de la Prensa republicana. Esta omisión en punto tan esencial, justifica mi sorpresa, pues ni en usted puede argüir falta de inteligencia, ni en mi carta, tan clara y explícita, obscuridad ó confusión de conceptos.

Nada había en mi carta que pudiera servir de base á las aventuradas afirmaciones que hace usted al decir, por ejemplo, si el Comité que yo presidí sembró esperanzas, y la Circular sobre rectificación del censo se desahizó en nieves que helaron aquellas; tampoco había para qué tratar por mi parte de dar satisfacciones al partido federal, á quien no se había ultrajado; ni había en mi posibilidad de agravio ni de lesión en actos puramente personales á que debía permanecer ajeno. Mis explicaciones, en fin, no son timidas y vacilantes, puesto que se limitan á consignar un hecho, ni deben tomarse como reparación á alguien, cuando no hay nada que satisfacer ó reparar.

En mi carta no había base para nada de esto; aunque usted lo haya entendido de otra suerte no pedíamos á V. apreciaciones ni consejos, por más que unas y otros, por venir de usted, pesen mucho en los ánimos de los que no tenemos la pretensión de haber llegado á la infalibilidad. Cuanto yo decía á usted puede resumirse en esta pregunta tan sencilla y clara: ¿Podemos ó no contar con usted en la obra de fraternidad y concordia que hemos emprendido?

A pesar de tanta claridad y sencillez, la pregunta está en pie todavía, y á vuelta de tantos períodos castizos y esculturales como componen su carta, nos da usted noticias estimables, pero no solicitadas; apreciaciones pesimistas, que el tiempo se encargará de desmentir, por fortuna; bases de coalición que la experiencia ha declarado inadmisibles y que no habíamos demandado; todo, en fin, menos la solicitud respuesta.

Desgraciadamente no es hora ya de que nos forjemos ilusiones acerca de esa deplorable situación. No ha combatido usted explícitamente los acuerdos de la coalición de la Prensa, porque no puede ocultarse á su claro criterio que son justos, que son equitativos, que son razonables, que realizan por decirlo así, el ideal de justicia á que debe aspirarse en toda coalición de agrupaciones democráticas. Pero no acepta usted esos acuerdos, los combate indirectamente, nos niega usted su concurso, porque queriendo abstraerse de los clamores de la opinión republicana, persiste usted en mantener, como norma inflexible de la coalición, unas bases estrechas, en que se cierra la puerta, en que se niega el pan y el agua del espíritu, el reconocimiento de su personalidad á los muchos y muy valiosos elementos republicanos que no se llaman precisamente pactistas ó progresistas, pero que con tanto ardor como aquellos y éstos ambicionan el triunfo de la República; unas bases en que se imponen cambios de programa á las partes contratantes; unas bases, en fin, desautorizadas por la experiencia, piedra de toque en que el similor de las ideas erróneas se delata en su falsedad. Podrá usted ser muy ardiente partidario de la coalición republicana; podrá usted estar resuelto á firmarla á cualquier hora del día; pero mientras no sepa usted sobreponerse al exclusivismo que le lleva á no admitir otras bases que las suyas, mientras persista usted en querer la coalición solo mediante condiciones que la hagan ilusoria é inadmisibles, será usted un ardiente coalicionista teórico, pero en la práctica un enemigo tenaz y encarnizado de la coalición.

Poco he de decir á usted sobre el efecto que supone hizo en algunos ardientes republicanos la circular sobre rectificación de las listas electorales. No haga usted aprecio de los que estimen inútil y deshonrosa en todas circunstancias la lucha electoral; porque usted, que por virtud de dos coaliciones y dentro de la actual regencia es concejal y diputado á Cortes, sabe, también ó mejor que yo, que la lucha legal es en muchas ocasiones conveniente y aun necesaria, y que contribuye mucho á crear costumbres políticas á dar á los ciudadanos la conciencia de su derecho y á hacer más vigorosa y más temible su protesta cuando ese derecho es hollado por tiránicos poderes. Me parece que dieciséis años de ostracismo para los republicanos, deben ir arraigando en el ánimo de usted la persuasión de que esos hombres que se asustan de circulars como la del Comité que me honro de presidir, no van á la lucha legal, pero tampoco han hecho cosa alguna de provecho para traernos la revolución.

Respecto á que este Comité conserve y pierda su autoridad, los periódicos que le nombraron y los hechos han de decirlo y no las opiniones hostiles á él, por respetables que sean. Habla usted de guerra, de difamaciones y calumnias. ¿Qué responsabilidad cabe á este Comité en esa guerra iniciada por publicaciones que defienden la personalidad de usted y de que yo mismo he sido y estoy siendo blanco incesante? ¿Qué ha hecho el Comité directivo de la Prensa republicana para promoverla ó alentarla? No cabe justificar ciertas cosas; pero es indudable, y así lo verá claramente quien no esté cegado por la pasión, que el motivo principal, que el pretexto más poderoso para esos ataques de que todos somos víctimas, es la actitud de mal

encubierta hostilidad que usted ha adoptado frente á la coalición de la Prensa. Si usted se hubiese adherido á la coalición como han hecho otros insignes republicanos; si usted que no há mucho declaraba que, *no sólo los republicanos, los hombres todos que amen la patria deberían coligarse para arrancarla del borde del abismo*; si usted que apenas hace seis meses afirmaba con razón que *las ideas mantendrán siempre unido á su partido, cualesquiera que sean los términos en que la coalición se realice*, nos hubiera prestado ahora su apoyo en vez de mirarnos con glacial ceguera al principio y de hacernos la guerra después ¿que obstáculo habría ahora para la fraternal concordia á que aspiran los republicanos? La coalición sería hoy algo más que una aspiración generosa; sería un hecho.

Por lo demás, ni uno sólo de los que asistieron á la reunión del 24 de Junio ignoraba el noble y enaltecedor móvil que la presidía, ninguno salió de allí con nebulosidades en sus conciencia política; ninguno albergó en su pecho la mezquina idea de ser *cabeza de algo* allí donde sólo se pedían corazones; á ninguno se pidió el sacrificio de sus ideas; todos sabían que la coalición debe ser la *unidad en la acción, la diversidad en las doctrinas*; por eso la aceptaron y la hicieron; por eso la sostienen y la sostendrán.

Otra ha sido la conducta de los que, llamándose republicanos, no quisieron ir allí ó salieron arrepentidos de realizar un acto de nobleza; conducta que nada salva y que pudiera comprometerlo todo si una debilidad punible nos hiciera retroceder en la senda emprendida á los que creíamos y creemos que el carifio une y fortifica, y el odio disgrega y mata.

En una batalla decisiva como la que pretendemos librar, significa mucho la falta de un caudillo. ¿Podré encarecer á usted el sentimiento que nos embarga al ver que no está con nosotros, alentándonos co sus prudentes consejos, siendo freno y escuela al mismo tiempo de impacientes y rezagados?

Quédame sin embargo, el consuelo de que el Comité, con la presidencia del cual tanto me honro, no ha prescindido de ninguno de aquellos elementos que anhelan el triunfo de la República.

No pienso imitar á usted haciendo la crítica de su actitud. Me limitaré á decir que la creo funesta para la causa republicana, altamente perturbadora del partido que usted dirige, y por tanto, nada favorable para usted mismo.

De usted atento s. s. q. b. s. m.—Por acuerdo del Comité directivo de la Prensa republicana coligada, El Presidente, E. P. DE GUZMÁN, Marqués de Santa Marta.

Madrid 30 de Septiembre de 1889.

¿Qué comentarios podemos hacer de este documento que tan elocuentemente contradice la conducta de siempre del marqués de Santa Marta?

¿Intentar poner á nuestro ilustre jefe como enemigo de la coalición?

¿Puede darse aberración mayor en quien con verdadera saña, con inusitada pasión combatió la idea coalicionista?

Frente á las afirmaciones que temerariamente sienta el egregio federal, están los actos de nuestro jefe y las manifestaciones de nuestro partido.

No ha sido, ni es, ni será enemigo de la coalición; pero no ha aceptado, ni aceptará sin conocerlas base alguna de coalición, porque además de la integridad de sus ideas, guarda la confianza del partido, y de hombres serios y sensatos es no comprometer los intereses que representan por voluntad expresa de sus correligionarios.

Después de leer la carta del Sr. Marqués de Santa Marta, no podemos hacer otra cosa que ratificar con más entusiasmo si cabe, nuestra adhesión y nuestro aplauso al Sr. Pi y Margall.

EL SENADO

en el Unitarismo y la Federación.

La fórmula más acabada y precisa de las aspiraciones del partido unitario está, sin duda, en el sistema de Siéyes: *Un solo Dios, un solo soberano, una sola Cámara*. El unitarismo no solo procura la centralización del poder, tiende á su absorción en una sola mano. Preferirá siempre la Cámara única á la división del poder legislativo; la unificación á la variedad. Ya que no puede condensar todas las funciones en el poder ejecutivo, procurará reducir todo lo posible el número de representantes del poder social en todas sus manifestaciones. Los jacobinos franceses eran lógicos al admitir la Cámara única, porque partidarios de una centralización exagerada, no gustaban de poner trabas á la acción de la soberanía ejercida en-

(1) Laboulaye, *Estudios sobre la Constitución de los Estados Unidos*.

tonces por la Asamblea. Son ilógicos, en cambio, todos los unitarios que dividen el poder legislativo, admitiendo que sea ejercido simultáneamente por dos cuerpos colegisladores, deséale el nombre que se quiera: Cámara de los comunes y de los Lores, de los Diputados y de los Pares, Congreso y Senado.

En las naciones federales se comprende perfectamente la existencia simultánea de estas dos Cámaras, porque el Congreso representa la soberanía de la nación y el Senado la soberanía de las regiones y el pacto regional, al que la federación debe su existencia. Aparte de las ventajas que ofrece la división del poder legislativo y de la garantía que representa para la libertad, obedece en los países federales a la necesidad de armonizar los intereses regionales con los derechos inherentes a la personalidad humana. El Congreso representa la individualidad, el Senado lo colectivo: tienen en el primer representación y voz las autonomías de que dimanan todas las entidades políticas; en el segundo, las colectividades organizadas, los Estados que constituyen la federación.

No representan las dos Cámaras intereses opuestos, pero sí intereses distintos, y cuyo antagonismo, si quiera fuese pasajero, produciría males gravísimos y dificultades casi insuperables. Si el Senado y el Congreso tuviesen esa significación en las naciones centralizadoras, el poder ejecutivo lucharía en ellas con graves inconvenientes para ejercer la tiranía. La representación nacional, aunque siempre falseada por las exigencias del sistema, dejaría de ser una vana fórmula: ya que no fuese expresión fiel de la conciencia pública, sería al menos un destello de esa conciencia. Pero nada de esto sucede. En las naciones unitarias el Senado no tiene significación propia, no representa un aspecto del poder legislativo: es sencillamente un auxiliar de los gobiernos, una especie de pararrayos en que vienen a estrellarse todas las decisiones del Congreso que puedan embarazar en poco ó en mucho la arbitrariedad del poder central. No representa intereses colectivos; representa determinadas clases sociales. No es elegido directamente ni indirectamente por el pueblo; es nombrado de real orden por el poder ejecutivo. En los países monárquicos que se consideran más liberales, son elegidos los senadores por medio de compromisarios, y el gobierno se reserva el nombramiento de cierto número de senadores vitalicios ó por derecho propio.

Este nombramiento de senadores por derecho propio, obedece a la ridícula preocupación, desechada ya por todos los pueblos medianamente cultos, de que la sociedad se divide en castas superiores é inferiores, en privilegiados y esclavos, en hombres nacidos para mandar y hombres nacidos para obedecer.

A esa preocupación respondió la organización social y política de muchos pueblos de la antigüedad, y responde aún en nuestros días a gran número de ciudadanos, y la desigualdad ante la ley entre unos y otros individuos y unos y otros partidos. En España hemos visto divididas las opiniones en legales é ilegales. Pues bien; una de las manifestaciones de esa preocupación, resabio de la barbarie de las sociedades antiguas, es la existencia del Senado como representación de las clases privilegiadas en algunos países unitarios, entre ellos nuestra desgraciada España, regida hoy por gobiernos y leyes reñidos en absoluto con el espíritu de nuestros tiempos.

Viene a ser el Senado en la mayor parte de los países unitarios la Cámara del privilegio, constituida por aristócratas, clérigos y generales. Diríase que nos hallamos aún en aquellas épocas de amarga recordación en que las Cortes se componían de tres elementos; en que la nobleza, el clero y el estado llano deliberaban aparte y representaban ante los reyes de distinto modo.

Hoy los progresos de la cultura y el ennoblecimiento del concepto del trabajo han destruido completamente en la opinión estas divisiones absurdas, que subsisten, sin embargo, en las leyes de algunos países tan desgraciados como el nuestro.

Dado este carácter del Senado, de todo en todo opuesto a la significación del poder legislativo, se comprende desde luego cual haya de ser su misión en la práctica. Viene a representar cuanto hay de desacreditado y absurdo en la actual constitución de las sociedades; á ser una rémora invencible de toda reforma beneficiosa y de todo adelanto serio; á esterilizar la iniciativa de la Cámara popular, ya coartada por los gobiernos; á perpetrar lo inútil, todo lo perjudicial, toda esa serie de absurdos y de privilegios injustificados que suelen ser bautizados por los reaccionarios con el nombre de intereses permanentes.

Compréndese que el Senado inspire profunda aversión á los pueblos que sufren el yugo del unitarismo. Los federales no podemos menos de admitir la segunda Cámara, porque no representa en este sistema el privilegio de algunos individuos, sino el derecho incontestable de las regiones á ser representadas por la nación.

A la ligera.

¡Dios de Dios! ¿Será verdad?
Leemos en *La Justicia*:

«Hace algunos meses que en casa de don Juan Arranz, presbítero, habitante en el número 12 de la calle de la Torrecilla de Leal, entró en calidad de sirviente una joven llamada Mamerta Albarrán.

Ayer mañana debió ocurrir algo gordo entre el cura y la sirviente, puesto que ésta decidió marcharse, reclamándole antes el importe de los salarios, á lo que el presbítero le contestó que nada le daba puesto que nada le debía. La muchacha, sin andarse en pelillos, se fué directamente á la delegación del distrito, poniendo el hecho en conocimiento de las autoridades.

Amo y criada en presencia del delegado, empezaron á decirse unas cosas que...; él, en descargo de lo que ella le decía, manifestó que la Mamerta le había robado dieciséis mil reales de un cajón de su mesa.

La muchacha después de negar el hecho manifestó que se hallaba agradecida á su amo, porque se encontraba más gruesa que cuando entró á servirle.

No la valieron de nada sus negativas, y quedó á disposición del juzgado correspondiente. A la verdad, es poco verosímil que la supuesta autora de un robo se presente en son de queja á la autoridad.»

Eso de engordar intriga
á la gente más piadosa.
El asunto tiene miga....
por no decir otra cosa.

El otro día pasó para Madrid el nunca bien ponderado Moret.

No se alarme el clero de Irún.

Este Moret no es Moret y Berlín.

Parece que estamos viendo á los curas de Irún echándose una mano á la cabeza y otra á la bolsa en cuanto oigan nombrar á un Moret.

A la cabeza porque echan de menos el pelo que les tomó Moret y Berlín.

A la bolsa, acariciando las peluconas que les quiso tomar.

Decididamente el asunto tuvo pelos.

Pero no los tuvo de tonto el aprovechado joven.

Es lo que dirán los curas de la heroica villa: Si tanto pelo nos tomó, ¿por qué no da ahora pelos y señales de persona?

Eso quisieran ellos: que los diera.

Y propósito. ¿Saben ustedes si se ha consagrado el templo cuyo altar profanó Moret diciendo misa sin poderla decir?

No lo decimos por nada; sino porque nos tiene sin cuidado y porque de vez en cuando nos gusta ensalzar el celo y rectitud de nuestro apreciable amigo el señor obispo de Vitoria.

No estrañe á nadie esta muestra de confianza, porque así como aquel personaje del cuento se daba por ofendido cuando le llamaban «amigo mío» deduciendo que *mío* lo dicen los gatos, á los gatos les gusta la leche, la leche la dan las cabras, las cabras tienen cuernos y los cuernos son una ofensa, así nosotros deducimos que llamando el obispo hermanos á los curas y siendo los curas padres nuestros, el obispo es tío.

Ahora digan ustedes si no se puede llamar amigo á un tío.

¿En qué se parecerá San Sebastián la semana próxima á una tija vieja?

En que se queda sin corte.

Y ¿en qué se parece Romero Robledo á la empresa del Norte cuando se la cita á los tribunales por alguna de sus muchas monstruosidades?

En que pierde el juicio.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR

D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL

en la velada del Casino Federal

Conmemorativa de la Revolución de Septiembre.

Queridos correligionarios: Cualesquiera que hayan sido sus móviles, la Revolución de Septiembre es la más importante del siglo. Con ella cayó una dinastía secular y se realizaron los principios democráticos.

¿Qué desventurada fué, sin embargo, en su desarrollo! Los hombres que la dirigían creyeron haberlo hecho todo con darnos la libertad de imprenta, la de reunión, la de asociación, la de enseñanza, el sufragio universal, el matrimonio civil y el juicio por jurados, y buscar luego para la consolidación de estas reformas una nueva dinastía. No quisieron llegar adonde querían el pueblo que llegaran, y en vez de asegurar la revolución la comprometieron.

El pueblo bien á las claras había manifestado su pensamiento. Al grito de *abajo los Borbones* había rasgado en todas partes los retratos de sus reyes y había borrado de todos los escudos de armas y de todos los edificios públi-

cos lo que había sido siempre el emblema de la monarquía, la corona. Se la habían arrancado ya de su kepis los soldados de Alcolea; y al entrar Prim en la capital de Cataluña con la corona en el suyo, á pesar de su inmensa popularidad, había sido objeto de grandes murmullos y enérgicas protestas de la muchedumbre. El pueblo, más lógico que sus jefes, había comprendido que el destronamiento de sus antiguos monarcas no podía menos de llevar consigo la proclamación de la República.

Que la República era entonces el *desideratum* de los revolucionarios, lo revela un hecho significativo. Tomáronla por bandera unos pocos hombres, viendo el mal sesgo que á la Revolución se daba, y en días formaron un partido que á los cuatro meses llevaba á las Cortes Constituyentes más de sesenta diputados, y pocos días después se alzó contra el Gobierno y ponía sobre las armas, según confesión del general Prim, nada menos que 40.000 hombres. Con los alardes monárquicos de los jefes de la Revolución no habría sido esto posible si la República no hubiese constituido la preocupación del pueblo.

Empeñáronse los hombres de la Revolución en reconstituir la monarquía, é hicieron un papel tristísimo. Andaban buscando rey y no lo encontraban. Espartero, anciano y sin hijos, tenía pocos adeptos. El duque de Montpensier, extranjero y miembro de una de las ramas de los Borbones, había perdido por su intemperstiva bajada á Córdoba cuando la insurrección de Cádiz y sobre todo por la muerte en duelo del infante D. Enrique las pocas simpatías que había logrado captarse. Fernando de Portugal rechazó la corona. Los Hohenzollern no pudieron aceptar por la viva oposición de Francia. La madre del duque de Genua, niña de doce años, no consintió que la ciñeran á las sienes de su hijo. Amadeo de Saboya no la aceptó hasta que, por tener ya sucesión su hermano primogénito Humberto, perdió sus derechos eventuales al trono de Italia.

Se buscó y se encontró al fin en este principio al nuevo rey de España. Buscábasele para que viniera á dominar el oleaje de los partidos y afirmara la obra de las Cortes Constituyentes. No se consiguió lo que se deseaba. Vino Amadeo á la Península con escasa fuerza moral; había ganado la Corona en las Cortes sólo por diecinueve votos de mayoría. Tuvo desde luego contra sí á los carlistas, á los conservadores, á los republicanos, á los partidarios de Montpensier y de Espartero. Para mayor desgracia suya la víspera de su entrada en Madrid perdió al general Prim, que había de servirle de guía y de escudo. Hombre de corto entendimiento, que no conocía ni la historia, ni la lengua, ni las costumbres, ni los partidos, ni los hombres de España, hubo de entregarse ciegamente á los que le habían traído, y los vió á poco divididos en bandos implacables que se hacían una guerra á muerte. Nada hizo, nada pudo hacer en su breve reinado; lo pasó firmando decretos por los que nombraba ministros ó les admitía la renuncia, convocaba Cortes ó las suspendía y disolvía. Por dos veces vió reñegar la guerra civil en las montañas del Norte. Comprendió por este hecho lo que podía temer de los carlistas, comprendió después por los sucesos del Ferrol lo que podía temer de los republicanos, y al meditar su propia situación, se vió prisionero de los radicales, que decían ya en alta voz que no se dejarían sustituir por los demás partidos.

Deseoso, por una parte, de guardar el juramento que había prestado de no quebrantar la Constitución ni las leyes, y temeroso, por otra, de la tempestad que se cernía sobre su cabeza, realizó el acto que más honrará su historia: la renuncia de la corona por sí y por sus hijos.

Vino la República, pero ya tarde; cuando la Nación, fatigada de las luchas de cinco años, suspiraba más por el orden y el reposo que por innovaciones de incierto resultado, cuando ardía la guerra en Cuba y en el Norte de la Península, cuando estaban exhaustas las arcas del Tesoro. ¿Cuán otra no habría sido la suerte de la Patria si se hubiese proclamado la República después de la batalla de Alcolea! La habrían aceptado entonces con júbilo todos los partidos revolucionarios, y habrían sobrado hombres para dirigirla por seguros derroteros á seguro puerto. Los carlistas no habrían podido concitar el sentimiento nacional contra una dinastía extranjera. Envueltas en una común desgracia las dos ramas de Borbones, no se habrían movido por el sentimiento de rivalidad que ahora las mueve. Habría desaparecido la flagrante contradicción entre la soberanía del pueblo y la de los reyes, y ningún ciudadano habría visto herida su dignidad por la vinculación del poder supremo en una familia.

Se dice que lo hicieron imposible las pretensiones de los federales. No es cierto. Cuando estalló la Revolución de Septiembre no había partido federal en España. Éramos federales unos pocos hombres que por el estudio de la historia nacional y por la comparación entre las repúblicas unitarias y federativas, creíamos que la federación era el sistema más adecuado á la manera de ser de nuestra patria. El partido federal habría de todas maneras nacido; pero habría nacido, crecido y desarrollándose en el seno de las instituciones republicanas, y lejos de haber sido para ellas un peligro, habría sido una esperanza. No por las vías revolucionarias, sino por las vías legales, habría ido ganando terreno, no por bruscos saltos; sino por concesiones recíprocas, habría ido realizando su programa.

No le habrían faltado nunca ocasiones para poner de relieve los males del unitarismo. Se las habrían proporcionado la sistemática falsificación de las elecciones y el ruinoso estado de la Hacienda. Mientras rija el sistema parlamentario, y no había entonces liberal que lo rechazase, el poder ejecutivo no puede menos de poner singular empeño en hacer suyas las Cortes. Recurre no sólo á la influencia moral, sino también á las influencias materiales. Va con frecuencia al amano y la violencia. Para conseguir su objeto, se vale de la acción que pueden ejercer sobre las provincias los gobernadores civiles y militares, los delegados de Hacienda, los jueces, los ingenieros y toda esa red de empleados que tiene tendida sobre la Península; y es, sobre todo, en los distritos rurales, poco menos que invencible. ¿Qué sucedió durante los años de la Revolución? Se reprodujeron los escándalos de los

más aciagos tiempos de los conservadores. Se empleó en no pocos distritos la fuerza. Se inventó aquellas famosas resurrecciones que dieron origen á tantas y tan concentradas iras. Candidatos vencidos en los escrutinios parciales salían, con asombro de las gentes, vencedores en los escrutinios generales. En vano se hizo contra los constitucionales la más poderosa y vasta coalición que registran los anales de nuestra historia. El gobierno pudo más que los carlistas, los conservadores, los republicanos y los radicales dinásticos reunidos. En cambio, vencedores después los radicales, no encontraba el jefe de los constitucionales medio de vencer en los comicios. Los federales habríamos aprovechado la ocasión para convencer al país de que estos males derivan en gran parte del sistema unitario, y por el sistema federal desaparecerían. Autónomas las regiones y autónomos los municipios, de libre elección de las provincias y los pueblos los gobernadores, los alcaldes, los delegados de Hacienda y los más de los empleados, les habríamos demostrado que la influencia del poder central en los comicios no podría menos de ser ineficaz y nula.

Los males de la Hacienda continuaron también durante la Revolución. No pudo la Revolución pasar ni un año sin levantar un empréstito. El año 1871, á tal estado llegaban ya las cosas, que había un déficit de 350.000.000 de pesetas. Para cubrirlo hubo de emitirse 150.000.000 efectivos en deuda consolidada al 3 por 100 y 225.000.000 nominales en billetes del Tesoro. Alarmadas las Cortes, fijaron en 600.000.000 la cifra máxima de los gastos. Acto completamente inútil. Al otro año se presentaba un presupuesto de gastos de 655.000.000, y uno de ingresos de 469, y por lo tanto, otro déficit de cerca de 200.000.000. Aumentó el mal, y el gobierno, á fin de salvar la situación, hubo de entrar con el Banco de París en aquellos vergonzosos tratos que tanto enardecieron en cólera las minorías de las Cortes y tanto excitaron los furios de la prensa. Se dejó pagar las dos terceras partes de los intereses de la deuda, y para garantizarlos y disminuir algún tanto los desembolsos del Tesoro, se emitió 300.000.000 en billetes hipotecarios al 6 por 100; billetes que había de emitir, cobrar, aplicar y amortizar el Banco de París por medio de un Banco Hipotecario. Para el caso de que los 300.000.000 no bastasen, se estableció que se entregasen á tan venturoso banco los bonos del Tesoro que había en cartera.

Ni aun con esto se salvaba la penosísima situación de la Hacienda. Hubo de hacerse, además, para cubrir el déficit de los presupuestos, una emisión de deuda consolidada por 250 millones de pesetas.

Nosotros los federales habríamos aprovechado la ocasión, dentro de la República, para convencer á las Cortes y al país de que solo por nuestro sistema cabría poner á tan lamentable estado de cosas eficaz remedio. «Autónomas las regiones y los municipios, les habríamos dicho, como dijimos á los monárquicos, quedarían reducidas las funciones del Estado á los intereses y los servicios verdaderamente nacionales y quedarían considerablemente reducidos los gastos. Se asignarían al Estado determinadas rentas, y en lo que éstas no bastasen se haría una derrama entre las regiones, dejando que cada una recogiese su cuota por los tributos que le pareciesen menos gravosos y más acomodados á su especial manera de ser y á sus especiales fuentes de riqueza. No costaría la recaudación de contribuciones lo que hoy; no constituirían los gastos de esta recaudación, como hoy, un presupuesto ya de por sí oneroso. Arbitras por otra parte de sus destinos las regiones y los municipios, libres de los expedientes y las trabas que hoy las paralizan, se desarrollarían en todas nuevas gérmenes de riqueza y serían posible, por la mayor cantidad de productos y de ingresos, los gastos que reclaman la agricultura, la industria, el comercio, y sobre todo nuestra atrasadísima enseñanza y nuestra ineficaz beneficencia.»

Tarde ó temprano, nuestras predicaciones habrían hecho mella en las Cortes y el país, y habríamos llegado á la completa realización de nuestro sistema. Siguió la Revolución otro rumbo, y trajo fatalmente la restauración de los Borbones. La Restauración empezó por arrebatarnos todas las libertades conquistadas. Conoció después que por aquel camino no podía llegar sino á pronta ruina, y nos las fué devolviendo. Mas ¡cuán lentamente! No recobramos la libertad de reunión hasta el año 1880; la de imprenta, hasta el año 1883; la de asociación, hasta el año 1887. No tenemos todavía el sufragio universal, no tenemos una Constitución abierta á las reformas, como la de 1869. Los alcaldes continúan siendo de nombramiento del poder ejecutivo en los pueblos que pasan de 6.000 almas. La mal llamada soberanía de la Nación depende de la verdadera soberanía de aquella misma familia derrocada con tanto estrépito en la batalla de Alcolea. No hay para los católicos matrimonio civil, no hay sino una ridícula ingerencia de los jueces municipales ó de sus últimos dependientes en el matrimonio canónico.

Para reivindicar estos perdidos derechos, para establecer la República, para constituir la federalmente, debemos, queridos correligionarios, hacer toda clase de esfuerzos. No son concesiones lo que pedimos, sino reivindicaciones. Trabajemos todos por llegar al logro de nuestros tan justos como ardientes deseos. Para esto conviene que todos permanezcamos unidos, formando un solo cuerpo. Nada de divisiones, nada de discordias. A todo el que con cualquier pretexto venga á dividirnos, rechazadle; es traidor á la causa que defendemos.

Las discordias en los partidos de oposición son siempre funestas. Antes de la República de 1873 dividióse el partido federal por una mera cuestión de procedimiento. Proclamada la República, el motivo de la división había desaparecido. Continuó, sin embargo, la discordia, y en las Cortes y fuera de las Cortes se combatieron los dos bandos como si fueran implacables enemigos. No aceleró poco aquella discordia la muerte de la República.

Seguid, seguid unidos, trabajad juntos por difundir nuestros principios. No perdáis ocasión ni medio de llevarlos á los oídos de nuestros adversarios. Solo por la constancia y la tenacidad en difundirlos, lograremos que el pueblo todo los acepte y se una con vosotros para rea-

izarlos. Los tiempos son críticos y conviene acelerar la propaganda. No os aparten nunca de este camino cuestiones frías.

Al encargarnos la unión y la concordia, no creáis con todo que trate yo de cortar el vuelo de vuestros espíritus. No he vendido nunca á nadie mi libertad de pensamiento, y no he de querer que nadie venda la suya. Los partidos se forman sobre un corto número de principios. Esos principios son indiscutibles, porque constituyen la esencia y la vida del partido. Lo demás es discutible. ¿Por dónde se ha de poder presumir que hombres dotados de razón piensen idénticamente sobre todas las razones que sus principios entrañan?

Nosotros, por otra parte, somos un partido verdaderamente progresivo. No hemos pretendido jamás echar clavo alguno en la rueda del progreso. No hemos creído nunca haber dicho la última palabra, ni sobre las reformas políticas, ni sobre las reformas económicas, ni sobre las reformas sociales. No somos una escuela cerrada. Tenemos abierto el espíritu á todas las evoluciones que puedan hacer en los pueblos las ideas de libertad y de justicia. Soy viejo; si vivo algunos años tengo la esperanza de oír y aceptar principios que ahora no conozco. Creo firmemente en el progreso indefinido.

Cualquiera que sea, no obstante, la diversidad de vuestras opiniones, no debéis nunca considerarla como motivo para dividirlos en fracciones ni en bandos. Discutid como amigos, jamás como adversarios. Sed tolerantes los unos con los otros, que en esto consiste la verdadera democracia. Discutid, luchad, porque solo en la discusión y la lucha crecen, se agrandan y se depuran las ideas; pero luchad y discutid con ánimo de convencerlos los unos á los otros y llegar á la conquista de la verdad, no con el indigno fin de mortificarlos.

El Sr. Pallarés lo decía hace poco con razón sobrada: la identidad de pensamiento no existe ni en un mismo hombre, porque la reflexión y el tiempo lo modifican incesantemente. No tomeis nunca lo que hoy os parezca verdad por la verdad absoluta, es posible que la modifiqueis por vuestro propio esfuerzo y casi seguro que la modifiqueis por el choque de vuestras ideas con las ideas de vuestros semejantes. No os alteréis, por lo tanto, contra las opiniones de los demás. ¿Quién sabe si algún día serán las vuestras!

Unión, tolerancia, fe en el influjo de las ideas, confianza en el porvenir, valor y serenidad en las grandes crisis, es lo que necesitáis, y tendréis de seguro todos, para llegar á la definitiva conquista de la democracia, la federación y la República.

CARTA AL OBISPO.

¡Por Cristo vivo, ilustrísimo señor, que el Estado no debe agradecimiento, como á vuestra merced el sueldo que á estas fechas no haya cobrado de los corrientes días del mes!

¡Por Cristo crucificado que ha de mirarnos el Tesoro con el lente del reconocimiento, que por jotas ó habaneras vamos semanalmente alojando nuestra bolsa para pagar el franqueo de certificación que requieren las epístolas dirigidas á vuestro señoría por nosotros pecadores.

Pero ¡ah ilustrísimo señor! es que siete días sobre nosotros hacen el efecto de siete bendiciones de vuestra veneranda diestra sobre empecada conciencia, y no pasa momento por estos penitentes probos sin que pensemos en usarle ilustrísima, como piensan los donceles tímidos, aunque enfermizos y ojerosos, en las sílfides de sus volátiles pensamientos!

¡Ah, señor! Tenemos en la punta de la nariz un arzobispado que nos pesa tanto como pesan vuestras mitras de oro y pedrería, ó como pesa

el hambre en el estómago de los desgraciados.

¡Ah, señor! Es que pretenden arrebatarnos á nuestro prelado amantísimo, y esta idea nos conmueve, como conmueve el roce del bisturi sobre la nuca al que tiene en el cuello un di-
viese rabioso.

¡Ah, señor! es que perder la lumbrera apostólica que nos sirve de Norte en este nuestro desierto de sombras es tanto como caminar á oscuras largo trecho y perder la caja de fósforos de Cascante.

No, mil veces, no; dejad, ilustrísimo señor, que os mortifiquen con ofensas dadivosas que vuestra modestia inclita no puede aceptar, sin que el rubor de la inocencia salga á vuestra cara bondadosa y excelente como un pedazo de pan.

Dejad que os ofrezcan una metrópoli, pero no la acepte vuestra merced, porque la pena nos quebrantaría y el llanto arrasaría nuestras mejillas.

¿Qué se habrán creído los que tienen interés mal disimulado en arrebatarnos á vuestra merced ilustrísima para traernos otra merced sin ilustrar?

Lo menos que entre obispado hay muchas parroquias sin proveer, muchos curas ecónomos, muchas limosnas que recaudar, muchas dádivas que recoger en Lezo, mucho dinero de San Pedro que transportar á Roma, muchos negocios que concluir.

Lo menos se ha figurado que el obispado produce una renta de muchos miles de duros y que aunque un obispo solo debe usar zapatos puede aquí fácilmente ponerse las botas.

¡Cuan equivocados están! ¡Cuan equivocados, aunque se diga por ahí que el obispado de Vitoria es el más rico, ó el más reproductivo de cuantos, para suerte de la patria!

¡Si supieran que nó; si supieran que la cosa no da de sí más que disgustos y curas beicicosas, capaces de hacer la *Guerra Santa* zarzuela en cuatro actos y diez cuadros, libro de Pérez Escribá, música de Arrieta!

¡Si supieran que aquí hay pícaros liberales y que un obispo tan cándido, tan tranquilo y bonachon como usará ha sido excomulgado por la Región!

Nada, nada, ilustrísimo señor; á resistirse tocan. Modestia, mucha modestia, por no decir tupé, mucho tupé.

Vuesarceé no es capaz de solicitar una gracia de nadie, porque, créanos, á nosotros, á vuestra merced le sobra una gracia que parte los corazones.

Y á los que las solicitan les ocurre lo que le ocurrió á un canónigo en una ocasión bien poco lejana.

Visitábamos la catedral de Toledo el Sr. Pí y Margall y unos cuantos amigos. Servíanos de cicerone un canónigo, de cuyo nombre muy conocido no queremos acordarnos. Al salir de la iglesia dirigióse el canónigo á un nuestro compañero, persona muy respetable y de autoridad en el partido federalista, y en tono humorístico le dijo:

—Me figuro que cuando triunfen ustedes me harán cardenal.

—Sí—respondió nuestro amigo—cardenal, ¡en todo el cuerpo!

La Compañía del Norte ante los Tribunales de Justicia.

No puede ser ni más vergonzoso ni más desairado el papel que D. Juan Barat representa como director de la empresa de los caminos de hierro del Norte de España: vergonzoso, porque sometido todos los días ante los tribunales de justicia, sale de ellos vapuleado y con las ma-

nos en la cabeza por no poder defenderse de las severas acusaciones que se le hacen, considerándole, por lo tanto, como autor directo y responsable de las torpezas y disparates que los empleados á sus órdenes cometen á diario: desairado, porque su notoria ineptitud, á una con su refinada soberbia, divorciaronle hace ya mucho tiempo de las atenciones á que se creyó con derecho de sus propios colegas, que le rendirán el culto del servilismo, nunca el del respeto que con el talento se conquista; divorciaronle de la estimación del comercio y de la opinión pública.

Sostenido en el puesto que ocupa, más que por sus propios merecimientos, por las feroces exigencias de estómagos agradecidos, logró imponerse á los débiles, se impuso, fuerza es confesarlo, á las honradas clases mercantiles de este desgraciado país, que siempre le tocó desempeñar el triste papel de víctima; pero, ¡vive Dios! que con todos estos triunfos no ha conseguido imponerse á nosotros, que valdría tanto como haberse impuesto á los tribunales de justicia, y eso, el antiguo lampista, en buena hora lo digamos, no lo ha logrado, ni esperamos que lo logre jamás.

Contamos nuestros triunfos por sus derrotas y nos envanecemos, á trueque de quebrantar nuestra modestia, con tener en jaque á un hombre que por su posición improvisada, empujado por los azares del éxito, se había hecho temible, ya que no respetado, de propios y extraños, parapetándose en el baluarte de la impunidad, del que le arrojamamos para hacerle doblar la cerviz é hincar la rodilla ante la bandera del derecho que desplegamos al viento y mantenemos enhiesta frente á quien supusimos un coloso y nos resultó un fantoche.

La lucha que todos los días sostenemos con la empresa del Norte es implacable y sin tregua; las victorias sucedense unas á otras: encastillada, sin embargo, en una obstinación solo concebible en quien nada arriesga por su cuenta, sino es el prestigio, y esto es lo que menos la importa, afronta con temeridad nuestros ataques, y como nadie se cansa de triunfar, pasamos al catálogo de nuestras victorias la obediencia en el inferior el 14 de Febrero del corriente año, en que salió condenada la Compañía al pago de las cantidades que la reclamamos por portes cobrados de más sobre 31 expediciones con destino á Hendaya y costas del juicio.

Sentencia que en apelación fué confirmada por este Juzgado de 1.^a instancia en 6 de Abril, con cargo de las costas todas al apelante.

Sección comercial.

Exportación de vinos

Vino exportado en la semana del 2 al 8 de Septiembre de 1889, por las vías del Norte que á continuación se expresan:

VIAS.	Toneladas.
Por Pasajes	378
Por Irún	840
Por Santander	16
Por Bilbao	13
Transmitido (Por Barcelona	37
á la C. ^a de (Por Tarragona	8
T. B. y F. (Por Plana-Picamolixons	139
Por Tarragona	18
Total	1.449

Noticias.

Por causa de la lluvia tan tenaz que ha caído esta mañana, se ha suspendido de común acuer-

do, el regateo que debía haberse efectuado á las diez; habiendo sido aplazado para mañana domingo á la misma hora.

Tiene mucha miga el siguiente suelto de *El Noticiero Bilbaino*:

«Con motivo de una gacetilla en que daba cuenta un colega de la localidad del proyecto que está sobre el tapete, del ferro-carril de vía angosta, que partiendo de Asturias, enlace con el del Cadagua para continuar por la línea de Durango hasta San Sebastián, se nos dice por persona muy competente en este asunto, que la Compañía del ferro-carril central no toma parte ni directa ni indirectamente en la construcción de la vía comprendida entre Elgoibar y San Sebastián; porque hallándose como se halla, en muy buena armonía con la Compañía de los caminos de hierro del Norte, no la romperá seguramente entablando una competencia, en perjuicio de los intereses de ambas. Pero que si llega á tener visos de formalidad lo que hasta hoy no pasa de ser un amago, el manoseado proyecto de ferro-carril de vía ancha, desde Bilbao á San Sebastián, desde el instante que el Norte se encontrara con esa competencia, el ferro-carril Central llevaría á cabo la línea mencionada, para lo cual contaría con el Norte, á fin de luchar unidas contra el enemigo común.»

Continúan circulando monedas falsas de cinco pesetas, con el busto de Alfonso XIII y la fecha del año pasado.

El grabado tiene bastantes imperfecciones y la seña más fácil para distinguirlos está en el canto.

En los duros legítimos, una de las uniones del troquel viene encima de la palabra LA del anverso y en los falsos sobre la R de la palabra POR.

Nuestros apreciables lectores verán en la cuarta plana un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. *Valentín y Compañía* en *Hamburgo*, referente á la lotería de Hamburgo y les interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una importante fortuna.

Movimiento de Buques.

PUERTO DE SAN SEBASTIAN.

Buques entrados ayer:
—Lanchón *Maria Luisa*, de Lequeitio, con conservas.
—Lanchón *Joven Isabel*, de Zumaya, con cemento.

Anuncios preferentes.

Cotizaciones de monedas.

Premios que pagan los Sres. Fernand y Gaston Delvalle, de Bayona (Francia), calle Víctor Hugo, 48.

En cambio de plata ó billetes del Banco de España (SALVO VARIACIONES).

Por alfonsinos 2 3/4 % premio
Por isabelinas 6 1/4 % id.
Por oro antiguo de peso 4 % id.
Por soberanos ingleses 4 % id.
Por isabelinos de los años 1850-51 4 % id.
Duros isabelinos 4-50 ptas.
Id. Carolus y Fernandos 3-75 ptas.

Franco y puesto en Bayona.

Imp. de LA VOZ DE GUIPÚZCOA.

en toda ocasión, lo mismo en la fiebre de sus movimientos y tempestades que en el sueño y reposo de sus agitaciones, pero siempre sobre él; los bravos marinos, decía, nos pusieron á costa de su destreza á salvo de tanta amenaza y á distancia de un salto de la costa desada, donde tanta tristeza y tantas emociones nos esperaban.

Yo había llenado en el camino algunas cuartillas de mi cartera con destino á *La Imprenta*.

Se me había dicho que por aquellos días que habían salido comisiones de la diputación facciosa á guerra de Alava y Vizcaya para tratar de hacer la paz sin otras condiciones que las de garantizar el respeto á los fueros.

De esta noticia se había hecho el tema en todos los círculos y tertulias, hablándose del desaliento de la gente carlista, precursor de las postrimerías de la guerra.

Pero bien pronto me convencí de que aún la tea de la infame guerra se nutría con el aire del fanatismo en la provincia de Guipúzcoa.

Llevaba el propósito de visitar al general Trillo y de entrar en nuestras posiciones de San Sebastián, Irún y Fuenterrabía, si alguna acción importante no me hacía variar de plan y que de efectuarse sería sobre Santiago-Mendi.

Con estas impresiones cerraba mi correspondencia para el periódico el día 26 de Septiembre, cuando llegué á la anhelada tierra de promisión, en aquellos instantes condenada, según parecía, al duelo y á la destrucción.

El general Trillo, á quien me proponía ver, había reemplazado á Blanco, dando la importancia debida á las posiciones de Urcabe, Oyazun, Ezaleta y Zubebru y guardando la carretera de San Sebastián á Irún.

Hizo también un amago de desembarque en Guetaria para atacar á Garate, obligando á Lasa á correrse hacia aquel punto con fuerzas enemigas, aunque sin resultado ninguno.

Con las fuerzas de Rentería, Lezo é Irún, al mando de Infanzon, Salcedo y Arana, organizó Trillo un ataque á dichas posiciones; estas fuerzas evolucionaron de noche, con orden de no hacer un solo disparo hasta el día y de atacar en todo caso á la bayoneta.

Pero Santander se enriquecía portentosamente; su bahía parecía los antiguos charcales donde los macedonios paseaban riquezas inmensas.

La vida mercantil se sentía como fiebre creciente; se hacía allí el suministro á todos los cuerpos del ejército; su aduana era la única habilitada para despachar todos los artículos del comercio de España.

Santander se engrandecía visiblemente; los raudales de oro que sorbía manifestaban sus efectos de una manera indubitable, tanto en los adelantos de la población, como en los recuentos de fortunas fabulosas que allí se improvisaron.

Si fuera posible despojar á los santanderinos de sus nobles y patrióticos sentimientos, que nadie puede sin ofenderles, negarles; si en los honrados y sinceros hijos de la montaña fuera factible anteponer el cálculo egoísta al amor á su patria, al orden y al progreso de las demás provincias, Santander rogaría á Dios diariamente que nos favoreciese con una nueva, empeñada y duradera guerra civil.

Al fin me decidí á abandonar la ciudad de los negocios y embarcado en el *Algorta* salimos con rumbo á la heroica villa de Bilbao.

Pocos días permanecí en Bilbao, porque el fragor de la guerra me llamaba hacia el corazón de Guipúzcoa.

Sin embargo, pude apreciar el inquebrantable espíritu liberal de la gente bilbaina, así como la entereza de los sentimientos y entusiasmo patrio que animaba á nuestros bravos soldados.

Las posiciones ocupadas por éstos eran muy ventajosas y únicamente por la torre de Oriza era por donde las avanzadas carlistas podían aproximarse más á las nuestras.

Deseara conocer la batería que nuestro ejército tenía en este punto y me fuí á ella acompañado por mi distinguido amigo particular de Barcelona, Sr. Sanmartí.

La crudeza con que se trataban unas y otras fortalezas nos obligó á caminar prudentemente arrastrándonos por entre las yerbas, porque de habernos visto los carlistas probablemente les hubiéramos servido de blanco en sus ejercicios de puntería.

Poco tiempo permanecimos en el fuerte, pero fué el suficiente para presenciar varios disparos de nuestros cañones, que debieron hacer puntería y producir bajas en el campo contrario, por-

LA REGION VASCA

Revista semanal Político-Administrativa.

Director-fundador: **D. Fernando Torralba.**

Precios de suscripción.	Pesetas.	Precios de inserción.	Pesetas.
En España, un trimestre..	1'50	Anuncios en cuarta plana..	0'10
Resto de Europa, un año..	10	Id. en tercera plana..	0'20
América, un año..	15	Id. en primera plana..	1
		Noticias y reclamos á precios convencionales.	

PAGO ANTICIPADO.

Se publica todos los sábados.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle de Echaide, núm. 6, piso 3.º

GRAN LOTERIA DE DINERO

garantizada legalmente por el Supremo Gobierno de HAMBURGO.

500.000
Marcos
ó aproximadamente
Pesetas 625.000

como premio mayor pueden ganarse en caso mas feliz en la nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.

Especialmente:

- 1 Premio á M 300.000
- 1 Premio á M 200.000
- 1 Premio á M 100.000
- 1 Premio á M 75.000
- 1 Premio á M 70.000
- 1 Premio á M 65.000
- 2 Premios á M 60.000
- 1 Premio á M 55.000
- 1 Premio á M 50.000
- 1 Premio á M 40.000
- 1 Premio á M 30.000
- 8 Premios á M 15.000
- 26 Premios á M 10.000
- 56 Premios á M 5.000
- 106 Premios á M 3.000
- 102 Premios á M 2.000
- 6 Premios á M 1.500
- 606 Premios á M 1.000
- 1060 Premios á M 500
- 30930 Premios á M 148
- 17.188 Premios á M 300, 200, 150, 127, 100, 94, 87, 40, 20.

La Lotería de dinero bien importante autorizada por el Alto Gobierno de Hamburgo y garantizada por la Hacienda pública del Estado, contiene 100.000 BILLETES, de los cuales 50.200 deben obtener premios con toda seguridad.

Todo el capital que debe decidirse en esta Lotería importa

Marcos 9.553.005
ó sean casi

Pesetas. 12.000.000

La instalación favorable de esta lotería está arreglada de tal manera, que todos los arriba indicados 50.200 premios hallarán seguramente su decisión en 7 clases sucesivas.

El primer premio de la primera clase es de Marcos 50.000, de la segunda 35.000, asiendo en la tercera á 60.000, en la cuarta á 65.000, en la quinta á 70.000, en la sexta á 75.000 y en la séptima podrá en caso más feliz eventualmente importar 300.000, especialmente 300.000, 200.000 Marcos etc.

LA CASA INFRASCRITA invita por la presente á interesarse en esta gran lotería de dinero. Las personas que nos envían sus pedidos se servirán añadir á la vez los respectivos importes en billetes de Banco, libranzas de Giro Mútuo, estendidas á nuestra orden, giradas sobre Barcelona ó Madrid, letras de cambio, fácil á cobrar, ó en sellos de correo.

Para el sorteo de la primera clase cuesta:

- 1 Billete original, entero: Rvn. 30
- 1 Billete original, medio: Rvn. 15

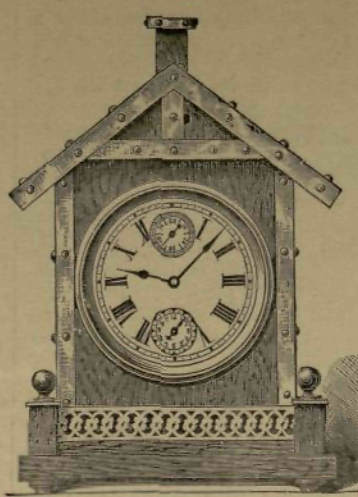
Cada persona recibe los billetes originales directamente, que se hallan provistos de las armas del Estado, y el prospecto oficial con todos los pormenores. Verificado el sorteo, se envía á todo interesado la lista oficial de los números agraciados, prevista de las armas del Estado. El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto y bajo garantía del Estado. En caso que el tenor del prospecto no convendría á los interesados, los billetes podrán devolverse, pero siempre antes del sorteo y el importe remitiéndolos será restituido. Se envía gratis y franco el prospecto á quien lo solicite. Los pedidos deben remitirnos lo más pronto posible pero siempre antes del

15 de Octubre de 1889

Valentin y C.ia

Banqueros

HAMBURGO (Alemania.)

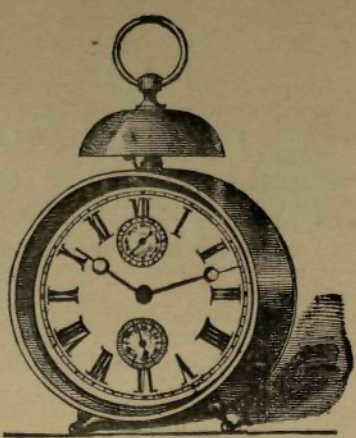


GRATIS
mandará
á quien lo desee

prospectos de toda clase de relojes de bolsillo, despertadores, cucus, etc., etc., desde 4 ps. 50 c. en adelante.

Henri GABA

Comisionista importador. IRUN. España. (Frontera francesa.)



ELECTRICIDAD INDUSTRIAL.

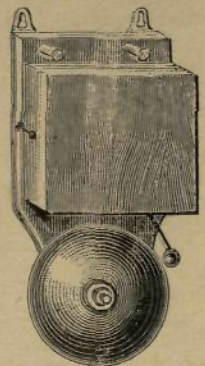
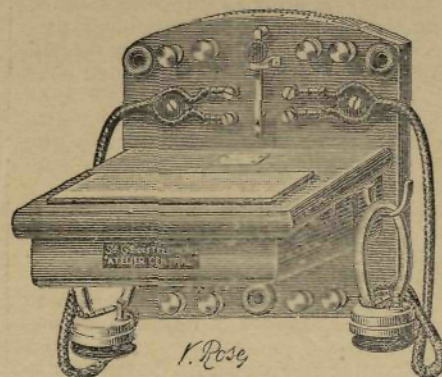
Nuevas instalaciones eléctricas.

J. Comet-Bayona.

Teléfonos para habitaciones, fábricas y escritorios.—Teléfonos sistema Ader para grandes distancias.

Todos los aparatos, así como los trabajos de colocacion, son garantizados. Se facilitarán sobre pedido presupuestos é instrucciones.

Dirigirse en San Sebastián á D. Manuel Urcola, Maestro de obras.



INSTALACIONES

DE
Campanillas eléctricas
y teléfonos.

A. Tendé, electricista.

Dirigirse á D. Justin Claverie, Comisionista.—Irún.

LA CUESTION RELIGIOSA

EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS

Precio: 25 céntimos.

De venta en la Administracion y en casa de los corresponsales de LA VOZ DE GUIPÚZCOA y en los puntos siguientes:

Estanco del Teatro Principal.
Papelería de Jornet.
Papelería de Lamsfus.
Librerie Centrale.

Papel gráfico de IBARLUCEA, aprobado por el Gobierno y premiado en las exposiciones de Madrid, Zaragoza y Barcelona.

Consta de seis números ó reglas y se vende la resma de 2.000 planas de cada número, ó surtida de los seis números, á 4,50 pesetas en la imprenta de este periódico.

LOS PRODUCTOS

DE LAS

Grandes Fábricas de Chocolates
y de dulces

de MATIAS LÓPEZ
MADRID—ESCORIAL

han obtenido 31 recompensas industriales en otras tantas exposiciones, cuatro medallas de oro en la de Barcelona, y han sido las únicas de España premiadas con Diploma de Honor la primera y más alta recompensa en el gran concurso internacional de Bruselas.

EXIJASE LA VERDADERA MARCA.

De venta en todas las principales tiendas de ultramarinos de España.

Depósito central: MONTERA, 1.

OFICINAS: PALMA ALTA, 8
— Madrid —

PARTES

Para fondas y casas de huéspedes.

Se hallan de venta en la imprenta de este periódico.

ECHAIDE, 6, BAJO.

BORDADORA en blanco. Calle de Vergara, 11, 3.º

que observemos que un pelotón de carlistas se despenó zanjás abajo huyendo á la desbandada.

Visitó después el vecino pueblo de Portugalete.

¡Qué cuadro tan horroroso!

La parte nueva que constituía algo así como de decoración acabada de un teatro se presentaba en montón de escombros; las hermosas edificaciones que antes se miraran orgullosas en el espejo inmenso que forma el Nervión al abrazar al Cantábrico, estaban derruidas acusando la crueldad indómita del hierro de la guerra.

Cada piedra que se levanta—ha dicho Victor Hugo—es una letra de la historia del progreso humano.

Cada piedra que se derrumba—me atrevo yo á agregar—es un borrón que cae en esa misma historia del progreso humano.

«He obtenido como resultado de mis investigaciones—escribía yo á mi periódico—que tanto Portugalete como Bilbao están perfectamente á cubierto de cualquier intenciona del enemigo, que en honor á la verdad, no sé por qué tiene sus avanzadas, que ya de nada le pueden servir, primero, por su mala situación, y segundo, por su mala artillería, lo que hace que con el decidido empuje de nuestras tropas, sus esfuerzos, caso de hacerlos, proporcionen un nuevo triunfo á la invicta villa.»

Dejamos á Bilbao mi amigo Sanmartí emprendiendo el viaje con rumbo á San Sebastián á bordo del vapor *María Isasi*; expedición, por cierto, de la que no llegamos á esperar tantas emociones.

Hicimos el viaje costeando hasta Bermeo, que interrumpieron nuestra tranquila marcha los cañones carlistas. Nos saludaron con un vómito de fuego, sorpresa poco agradable, porque demostraron que no disparaban en broma, sino con la piadosísima intención de dar.

Contamos ocho granadas de salutación, y uno de los proyectiles estalló á unos cuarenta metros del barco.

Hicimos camino mar adentro, por parecernos lo más prudente.

Y en alta mar encontramos la corbeta de guerra *Sirena*, cuyo capitán nos dió, hablándonos con bocina, acertadísimos consejos.

Nos llamó, en primer término á su costado, y cerca ya, nos dijo que convenía que nos desviásemos de la costa porque podíamos tener por seguro que nos harían fuego desde varios pueblos, entre ellos Mondaca, Motrico y otros, irritados como de-

bían estarlo por el bombardeo que habían sufrido tres noches seguidas (22, 23, y 24) no perdonaban medio alguno de molestar á cuantas embarcaciones tenían á su alcance.

Pero no podía el *María Isasi* andarse en pasos mayores y por las interioridades del bravo elemento y seguimos sin perder mucho la costa.

No nos faltó, como es consiguiente, el bautismo de fuego de nuestros enemigos en el trayecto.

Entonces el capitán de la embarcación se echó á temblar por el desembarco, y no atreviéndose á hacerlo, decidió llevarnos á Bayona, determinación que si á él le pareció la mejor, á nosotros nos pareció rotundamente mala.

Nos opusimos con decisión á su proyecto.

El quiso hacer valer sus ruerzas de dominio á bordo y nosotros nuestros derechos.

La discusión llegó á tomar mal cariz.

El tenía á su favor su autoridad y su gente.

Nosotros no teníamos en pro mas que nuestros propósitos y en último caso la razón de la fuerza, porque yo estaba decidido á desembarcar en San Sebastián.

El conflicto estuvo á punto de resolverse de la manera peor que podía esperarse.

Mi compañero y yo llegamos á acariciar las culatas de nuestros revolvers.

Pero más tarde vino la lógica á aplacar nuestras mútuas intransigencias y cada bando hizo sacrificios en sus derechos para que la solución fuera viable, bien que triunfábamos al fin y á la postre nosotros porque de una ú otra manera, lo cierto es que nos salíamos con la nuestra.

Aguardamos el paso de unas lanchas de pesca para meternos en ellas como Dios ó el diablo nos diera á entender en el codiciado puerto de San Sebastián.

Así se hizo, en efecto.

El vapor nos dejó y siguió con rumbo á la ría de Bayona, quedándonos nosotros en las frágiles embarcaciones que tenían que luchar burlando las furias del mar, nada tranquilo por cierto y el castigo perpétuo de las armas carlistas.

La intrepidez de nuestros marinos, por todo el mundo reconocida, su arrojo, su pericia, esa condición que consiste en estar en perpétua lucha con el peligro traidor y artero, dominándole